

6727

N.º 484 Oct 18/61.

LA BATALLA DE PAVIA.

CANTO ÉPICO

QUE HA OBTENIDO DEL LICEO DE MÁLAGA

EL LAUREL DE ORO,

Primer premio,

Y EL TÍTULO DE SOCIO PROFESOR DE SU ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA,
EN EL CERTÁMEN CELEBRADO EL DÍA 30 DE JUNIO DE 1861.

SU AUTOR

D. Angel Lasso de la Vega y Argüelles,

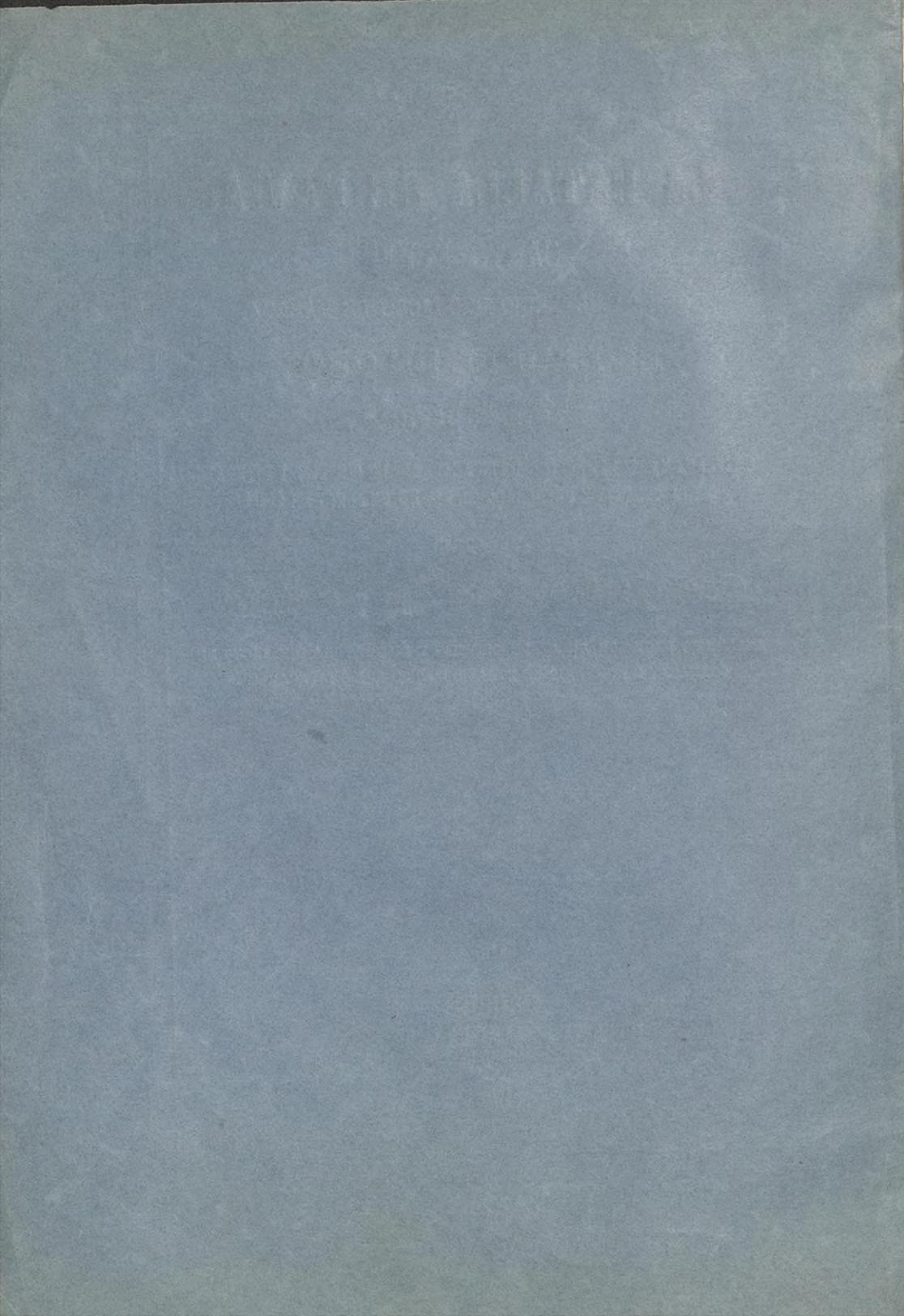
ACADÉMICO PROFESOR DE LA DE CIENCIAS Y LITERATURA DEL LICEO DE
GRANADA, É INDIVIDUO DE OTRAS CORPORACIONES LITERARIAS.



MADRID:
IMPRENTA DE LA VIUDA DE CALERO.
Calle de Santa Isabel, núm. 26.

1861.

L47 - 7238



56-3

LA BATALLA DE PAVIA.

LA BATALLA DE PAVIA.

CANTO EPICO

QUE HA OBTENIDO DEL LICENCO DE BALAGA,

EL LAUREL DE ORO,

Y EL TITULO DE HONORIFICACION DE SU CLASE DE HUMANIDADES Y LETRAS.

EN EL INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS SCIENTIFICOS Y LINGÜÍSTICOS
EN EL INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS SCIENTIFICOS Y LINGÜÍSTICOS

DE ANTON

LA BATALLA DE PAVIA.

LA BATALLA DE PAVIA, Y DIVISION DE OTROS COMPENDIOS DE LINGÜÍSTICA

MADRID

IMPRESA DE LA TIENDA DE CALLE

DE LA CALLE DE CALLE

1854

LA BATALLA DE PAVIA.

LA BATALLA DE PAVIA.

CANTO ÉPICO

QUE HA OBTENIDO DEL LICEO DE MÁLAGA

EL LAUREL DE ORO,

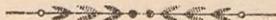
Primer premio,

Y EL TÍTULO DE SOCIO PROFESOR DE SU ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA,
EN EL CERTÁMEN CELEBRADO EL DÍA 30 DE JUNIO DE 1861.

SU AUTOR

D. Angel Lasso de la Vega y Argüelles,

ACADÉMICO PROFESOR DE LA DE CIENCIAS Y LITERATURA DEL LICEO DE
GRANADA, É INDIVIDUO DE OTRAS CORPORACIONES LITERARIAS.



MADRID:

IMPRESA DE LA VIUDA DE CALERO.

Calle de Santa Isabel, núm. 26.

—
1861.

LA BATALLA DE PAVIA.

CANTO ÉPICO.

I.

Canto una insigne memorable hazaña ,
eterna gloria de la patria mia ;
la que del franco en la ambicion, España
en los campos obtiene de Pavía :
ruje el leon, y en su iracunda saña
al César Cárlos vencedor le envia
un rey cautivo, cual feliz trofeo,
á quien cubre el dosel de Clodoveo.

II.

Sacro Custodio del honor hispano,
 Genio sublime de la Guerra, acude
 esta vez con tu aliento soberano
 al humilde cantor: haz que no dude
 en la alta empresa que su empeño es vano,
 que en noble audacia su temor se mude;
 é inflamado por tí su voz levante
 con patrio orgullo, y la victoria cante.

III.

Tú en su defensa al español no tardo,
 de un héroe altivo ante el audaz deseo,
 las legiones conduces de Bernardo
 á las cumbres del alto Pirineo:
 y de Roldan temido y de Eginardo
 venciendo, arrastras cual feral trofeo,
 el áulico pendon, para afrentalles,
 del Magno Emperador en Roncesvalles.

IV.

Tú eres el mismo que en el suelo Italo,
 del pontífice santo en la defensa,
 en Ostia humillas la altivez del galo,
 que luchar y vencer tan solo piensa:
 y en la ciudad del Tiber á Gonzalo
 de la gloria le das la recompensa,
 para decir al mundo á tal hazaña:
 ¡He aquí los hijos que produce España!

V.

¿Mas qué mucho sea así? ¿No es por ventura
 tu sacro aliento el que el rencor conserva
 de un siglo en otro á la legion impura
 que hizo á tu patria su infelice sierva?
 ¿No eres tú, pues, quien su venganza apura
 en sangre mora y quien jamás se enerva
 al dar sin cuento en las gloriosas lides
 á su heróica nacion sus adalides?

VI.

¡Oh ser augusto, mi humildoso acento
 de tu sublime inspiracion el rayo
 invoca al recordar el ardimiento
 que en el pecho infundiste de un Pelayo!
 Y si en mi empeño audaz débil me siento,
 acudiré á tu auxilio en mi desmayo,
 porque supla tu ardor que al pecho abrasa
 mi escaso númen y mi ciencia escasa.

VII.

Grande era España en el felice dia
 que vió en las sienas del varon famoso,
 que la cesárea púrpura ceñía,
 su fúlgida corona: el ceño umbroso
 de la noche jamás la luz del dia
 quitaba á sus dominios; poderoso
 era el hispano en donde quier; su imperio
 dilataba hasta el índico hemisferio.

VIII.

Un genio audaz la inspiracion recibe,
 y en los misterios de la ciencia, un mundo
 bajo el sol de los trópicos concibe;
 mas halla en todos el desden profundo:
 solo una reina en cuyo pecho vive
 de fé ardorosa el manantial fecundo,
 su proteccion le dá; con ella ufano
 se lanza á recorrer el Océano.

IX.

Cruza el Atlante, en sus bajeles brilla
 del español la enseña refulgente,
 y en la demanda de la ignota orilla
 los lindes toca del rosado Oriente:
 ¡y ante el augusto solio de Castilla
 el mundo muestra que soñó en su mente!
 ¡Herencia digna que Isabel preclara
 á un magnánimo César le dejara!

X.

¡Reina sublime! El español bizarro
 la turba arroja del Islam odiada,
 marchando en pos de su triunfante carro,
 á la tórrida Libia con su espada:
 la cruz refleja en su corriente el Darro;
 desaparece el muslin; y consumada,
 de siete siglos, de Isabel la diestra,
 la empresa colosal, al mundo muestra.

XI.

Y atónito vé el mundo el poderío
 de la nacion hispana : sus bajeles
 de zona en zona el indomable brio
 conducen luego de sus hijos fieles :
 y libres ya del agareno impío,
 ambicionan ceñir otros laureles ;
 y el ítalo, el flamenco, el lusitano,
 á su imperio, se rinden, soberano.

XII.

De tal grandeza el poderoso influjo
 siente el ingenio que adormido calla :
 Minerva entonces que á ceñir redujo
 al español el yelmo de batalla,
 su templo abre al saber ; donde condujo
 varones tantos, y dó el númen halla
 de inspiracion purísima un tesoro,
 dándole un siglo á su nacion de oro.

XIII.

El arte hermoso del divino Apeles
 renace lleno de fecundo brillo,
 anunciando los mágicos pinceles
 de Zurbaran, Velazquez y Murillo :
 el Helicon prepara sus laureles
 al inspirado vate y al caudillo
 que en la lid del saber muestra sublime
 la luz que Dios sobre su frente imprime.

XIV.

El genio entonces de brotar no cesa
 por donde quier sus rayos fulgurantes,
 y la aurora despunta de Teresa,
 de Calderon, de Lope y de Cervantes.
 ¡Oh centuria feliz! Prolija empresa
 fuera los astros del saber brillantes
 del áureo siglo enumerar; la gloria
 con que adornó el ingenio nuestra historia.

XV.

Esta grandeza del poder hispano,
 del rey Francisco suscitó los celos,
 y era su mengua el pensamiento vano
 que incesante causaba sus desvelos:
 la férrea espada requirió á su mano,
 fijáronse en la Italia sus anhelos,
 y agrupando sus fuertes muchedumbres
 pasó del Alpes las nevadas cumbres.

XVI.

¿Dónde el pendon de tus doradas lises
 llevas, oh rey, con tu arrogancia sola?
 Recuerda, pues, cuando la Italia pises
 quien obtuvo el laurel de Cerinola.
 Si anhela audaz, cuando al leon divises,
 tu vengativa sed sangre española,
 la del francés recuerda que el hispano
 en el curso vertió del Garillano.

XVII.

Al monarca francés su antiguo encono
 contra el potente emperador lo hacia
 rival, del tiempo que aspiró á aquel trono
 dó el Austria á Cárlos elevó en un dia:
 mas de la paz se concertó en abono
 el tratado en Noyon que los unia.....
 ¡ Tratado inútil que el rencor en breve
 quebranta y nuevas disensiones mueve!

XVIII.

El rey Francisco, de Milan ganoso,
 jóven, guerrero, al recordar, alienta,
 de sus armas el éxito glorioso
 que halló en la lid de Marignan sangrienta:
 en su brillante ejército animoso
 nobles caudillos de la Francia cuenta;
 y sin temer los cambios del destino,
 las riberas traspone del Tesino.

XIX.

Mas si esforzados capitanes junta
 la hueste franca, el español ofrece
 un ejército audaz: en él despunta
 Leyva temido, cuya fama acrece
 en cada lid con su acerada punta:
 rayo de Marte al batallar parece,
 y ya en su historia de soldado cuenta,
 batallas treinta y seis, sitios cuarenta!

XX.

No hay enemigo cuyo aliento venza
 el indomable aliento de su espada;
 testigos son los campos de Provenza,
 y de Revec testigo es la jornada:
 su derrota fatal y su vergüenza
 al rebelde morisco dá en Granada,
 y terror del francés, muestra severo
 el noble tipo del soldado ibero.

XXI.

A tal caudillo que jamás el tedio
 del ocio conoció, Pescara envía
 á resistir el formidable asedio
 que el monarca francés pone á Pavía:
 allí dispone inteligente el medio
 de su defensa heróica, pues la fía
 al invencible ardor y la constancia
 del que nació en la patria de Numancia.

XXII.

Con el virey de Nápoles, Pescara,
 soldado fiel y espejo de leales,
 en reducido número acampara
 sobre Lodi á la vez los imperiales,
 en tanto el duque de Borbon tornara,
 desde el suelo aleman, á sus reales,
 con el refuerzo entonces necesario
 para ofrecer la lucha á su contrario.

XXIII.

El príncipe del mal, que del hispano
 vió con despecho las legiones bravas
 alzar el signo de su fé, no en vano,
 en Auseva, en Clavijo y en las Navas,
 y en el nombre de Dios del mauritano
 tornar las haces donde quier esclavas,
 al ver la gloria que su nombre eleva,
 en contra suya su rencor renueva.

XXIV.

Ya la Discordia, la falaz Envidia,
 hijas nefandas del eterno Abismo,
 convoca al punto en su funesta insidia,
 para moverlas á impiedad él mismo:
 y el espíritu aquel que en contra lidia
 del bando de la cruz y al heroísmo
 con el infiel se opuso del cristiano,
 al llamamiento acude del insano.

XXV.

“¡Oh deidades, prorumpe, oh crudos séres,
 cuya maldad al antro atemoriza!
 Hoy es fuerza cumplir vuestros deberes
 contra ese pueblo audaz que se entroniza
 de la tierra abrogando los poderes;
 hoy vuestro aliento que el rencor atiza
 reclama el mundo, y vuestra inmensa saña
 el orgulloso milite de España.

XXVI.

“Genio implacable de la guerra, acude:
 en sangre y lloro y mortandad te goza,
 tu instinto sacia, tu quietud sacude;
 sin tregua, pues, la humanidad destroza:
 la Discordia procaz tu empresa ayude;
 y tú la Envidia en quien la hiel reboza,
 celos en contra al español aduna;
 ¡pueblos y reyes tu rencor desuna!

XXVII.

“¡Venganza, pues! En nuestro oprobio horrendo
 esa raza feliz el signo odiado
 de salvacion, al Africa venciendo,
 en su hermosa península ha enclavado:
 y en su audacia los mares trasponiendo
 la luz eterna de la fé ha llevado
 á un mundo ignoto.... ¿Y dejareis que aumente
 esa gloria que alcanza armipotente?

XXVIII.

“¡Eso nunca! ¡Marchad!.... Mi causa os fio:
 ¡Vuestro veneno, oh dioses, se derrame
 hasta humillar su fuerte poderío,
 y el hondo Averno su victoria aclame!”
 Dice: y el eco de su acento impío
 conmueve al punto la legion infame:
 los tres malignos su furor desplegan
 y á sus viles satélites congregan.

XXIX.

Como en los senos cavernosos brama
 del Etna abrasador la lava ardiente
 y de súbito brota y se derrama
 de su encendida cúspide estridente:
 así la turba que en rencor se inflama,
 contra el humano agitase furente,
 y con ronco clamor que al viento asorda
 desde el profundo abismo se desborda.

XXX.

¿Mas, por ventura, el cielo así abandona?
 al buen soldado de la cruz que fia
 en él, y alcanza su triunfal corona
 deshaciendo de Agar la turba impia?
 ¿La virtud dónde quier no galardona?
 ¿Y tanta gloria amenguará en un día?
 ¡No, que por ella velará! El intento
 vano ha de ser del tentador cruento.

XXXI.

Presto los monstruos del Averno impíos
 gozosos cumplen su mision horrenda,
 por donde quiera suscitando umbríos
 la sed de sangre y destruccion tremenda:
 mas ya no tardan los hispanos brios
 en mostrarse al francés, que á la contienda
 apréstase veloz, y no se olvida
 de la ciudad por Leyva defendida.

XXXII.

De noble arrojo el sitiador no falto,
 el cerco estrecha y poderoso insiste
 en obtener la gloria en el asalto,
 que con bravura el español resiste:
 y con la audacia del valor mas alto
 los fuertes muros escalando embiste;
 mas el contrario acero lo rechaza
 y su animoso pecho despedaza.

XXXIII.

Sañoso el galo con tenaz porfia
 arrecia entonce á la ciudad su amago:
 con hórrido fragor su artillería
 la tierra hace temblar: cunde el estrago;
 y llega á ser tan sanguinoso un dia,
 que el caudillo francés en duro pago
 de su ardimiento, sobre el foso advierte
 dos mil soldados que hacinó la muerte.

XXXIV.

Al aleman el español unido
 en sus salidas de la plaza prueba,
 pues que en ellas jamás se vió vencido,
 que la fortuna de las armas lleva:
 ya en el choque parcial, ya en el reñido
 combate duro, su renombre eleva,
 y el triunfo es mayor de su denuedo,
 porque nunca el francés luchó con miedo.

XXXV.

En tanto en Lodi el imperial dispone
 á su animosa hueste reforzada
 con la que trajo el de Borbon : de pone
 todo temor y en su invencible espada
 de la victoria la esperanza pone :
 y cubriendo las márgenes del Ada
 molestan sin cesar á los franceses
 de Pescara y del Vasto los marqueses.

XXXVI.

A estos caudillos á intentar un hecho
 audaz y heróico su valor les mueve.
 Umbría es la noche, el temporal deshecho
 los campos cubre con la blanca nieve :
 con el agua en los fosos hasta el pecho,
 de la guarnida poblacion, se atreve,
 de Melza, el español á la sorpresa,
 y logra al fin su prodigiosa empresa.

XXXVII.

Con sigilosa astucia el fiero amago
 corresponde á su arrojo : en la muralla
 á su grito de *¡España y Santiago!*
 su acero esgrime y su furor estalla :
 y entre el tumulto y sanguinoso estrago
 la muerte el conde de Tibuleis halla
 al acero feliz y ya famoso
 de Santillana, alférez valeroso.

XXXVIII.

Otros sucesos donde quier triunfantes
 las armas dejan del hispano; un día
 desbarata al francés dos mil infantes
 la legion que guarnece á Alejandria:
 en los suyos con pérdidas bastantes
 aquel Juanin de Médicis huía,
 y en Crémone á la vez Palavicino
 á verse preso con sus gentes vino.

XXXIX.

No la soberbia del francés menguara,
 que en los reveses su furor no aquieta;
 y ofensivo su rey al de Pescara
 en breve plazo á combatir le reta:
 nunca á la audaz provocacion callara
 el que jamás al ócio se sujeta:
 digna respuesta del marqués obtiene,
 y á la lucha el hispano se previene.

XL.

Presto de Lodi entre el estruendo parte
 del atambor y del clarin guerrero,
 que con las salvas su fragor comparte,
 á los rayos del sol dando su acero,
 el soldado español, hijo de Marte:
 de Cívita el marqués marcha el primero;
 aligeros caballos acaudilla
 dó el escuadron de capeletes brilla.

XLI.

El Viso-rey de Nápoles se ofrece
 del ejército al mando allí en seguida:
 el duque de Borbon luego aparece
 con su hueste de lanzas decidida:
 en pos Hernando de Alarcon reerece
 con su presencia, del francés temida,
 el bélico ardimiento: este soldado
 nunca la patria en que nació ha negado.

XLII.

Seis mil soldados para honor de España
 Pescara lleva: el escuadron conduce
 del italo aguerrido á la campaña,
 que su porte marcial severo luce,
 el capitán Cesaro; en su compañía
 otro bravo adalid se reproduce
 activo donde quier: siguen sus pasos
 los duros bronces de batalla escasos.

XLIII.

Jorge de Austria en retaguardia estiende
 al vistoso tudesco. A la defensa
 de Lodi el duque de Milan atiende,
 la lid ansiando con zozobra inmensa.
 Yendo en su marcha el imperial emprende,
 ante la hueste del francés suspensa,
 de San Ángelo al fuerte defendido
 el vigoroso ataque decidido.

XLIV.

Así en demanda de la audaz empresa
 remonta altiva su gigante vuelo
 la reina de las aves y atraviesa,
 cual sus dominios, la estension del cielo:
 á su paso cebarse en débil presa
 no se desdeña en su rapante anhelo,
 y á otro objeto mayor va encaminada
 por la region del éter azulada.

XLV.

Con los despojos de la insigne hazaña
 á vista llega del francés: presenta
 la lid que el mismo provocó en su saña
 y que aceptar en su altivez no intenta:
 su inmenso gozo á la legion de España,
 ya ante sus muros, la ciudad ostenta
 que cercada se vé, y saluda entonces
 con sus guerreros y sagrados bronce.

XLVI.

¡Oh sacro genio que invoqué en mi ayuda,
 cuando el instante de mi empresa toco
 mas sublime y feliz, mi lengua muda
 se siente, y nueva inspiracion evoco:
 ella en mi auxilio al ensalzar acuda,
 ya que mi aliento para tanto es poco,
 la eterna prez que en el glorioso dia
 las armas dieron á la patria mia.

XLVII.

No su carro otra vez la blanda Aurora
 conducirá por el rosado Oriente,
 sin que suene por fin la horrenda hora
 que Mavorte los campos ensangrienta:
 solo el francés á su defensa ahora
 acude, pues, del imperial al frente,
 que el rebato y continua escaramuza
 lleva á sus tiendas y su saña aguzada.

XLVIII.

Tras la sorpresa que en la noche umbrosa,
 con éxito feliz, causa el hispano
 y á la legion del franco recelosa
 retrae prudente del combate insano,
 en la del César de la lid ansiosa
 el momento se fija soberano;
 y en su bélico ardor el de Pescara
 de este modo los ánimos prepara.

XLIX.

“Nobles soldados de invencible diestra,
 en la lid y en la gloria, oh compañeros;
 solo la tierra que pisais es vuestra;
 ¿qué recursos me es dado ya ofreceros?
 bien advertís la situacion siniestra
 en que apenado al fin hoy llego á veros:
 el sustento nos falta necesario
 y en número es mayor nuestro contrario.”

L.

“Hoy ni el cariño que por todos siento
ni del César augusto el poderío
ofreceros pudiera el alimento;
mas que habrá de encontrarlo, en Dios confío,
en el campo enemigo vuestro aliento.
¡Digna hazaña será de vuestro brio!
¿Es mas fuerte? ¡No importa! ¿El medio os place
que tal extremo decidir nos hace?”

LI.

“¡Al enemigo!.... ¡al enemigo!” ansiosas
las voces llenas de entusiasmo claman:
“¡luchar queremos!” donde quier gozosas
el vivo anhelo de la gloria inflaman:
y á las tiendas al punto presurosas
á los aprestos de la lid se llaman.
Algunos velan en la noche atentos
porque ignore el contrario sus intentos.

LII.

Entre las sombras el marqués confía
la comision difícil á Salcedo
y á Santa Cruz, que encanecido habia
sin conocer jamás lo que era miedo:
cada cual lleva, pues, su compañía,
confiando en su Dios y su denuedo,
á derribar de Mirabel el muro
donde ocupa el francés campo seguro.

LIII.

Llevan á cabo la atrevida empresa,
 y el ruidoso atambor dó quier apaga
 de la pica el estruendo, que no cesa
 de la aurora hasta ver la lumbre vaga:
 y practicable hallando la dehesa,
 el buen marqués, cuyo ardimiento alhaga
 el fortunado éxito, dispone
 su ejército y en marcha al fin se pone.

LIV.

Mas antes, pues, su campamento entrega
 á la llama voraz: abandonado
 creyéndolo el francés, ¡jactancia ciega!
 con el primer albor, ya confiado,
 presto á dejar sus posiciones llega:
 y á la marcha su ejército ordenado
 en un llano dispone, presumiendo
 que derrotaba á su enemigo huyendo.

LV.

Mientras el franco la ocasion acecha
 en su vano propósito gozando,
 á las contrarias huestes no sospecha
 de Mirabel el Parque traspasando
 en orden ya por la anchurosa brecha:
 las lanzas llegan á su vez, formando
 tres escuadrones, que imponentes brillan
 é intrépidos guerreros acaudillan.

LVI.

Rije gallardo el escuadron primero
 el viso-rey, cual principal caudillo:
 el oro borda su sayal guerrero
 de carmesí vivísimo: amarillo
 sobre su almete ondula su plumero;
 de su blanco broquel ofende el brillo,
 y de dorado acero es la loriga
 que á su corcel defiende de fatiga.

LVII.

Preceden, pues, al adalid, sonando
 con estruendo marcial, roncós clarines,
 cual si ya de la lucha pregonando
 al galo fueron los adversos fines:
 en los inquietos brutos que piafando
 al viento agitan sus hermosas crines,
 las enseñas los milites conducen
 donde las armas imperiales lucen.

LVIII.

El segundo escuadron se vé mandado,
 cual teniente del César en su hueste,
 sobre el arnés cubierto de brocado,
 del duque de Borbon. Marcha con este
 con apostura y gentileza, armado
 de fuerte lanza y con dorada veste,
 collar de perlas y plumaje airoso,
 aquel del Vasto en alazan brioso.

LIX.

El noble Hernando de Alarcon, guerrero
 que iguala á un Cid en lo invencible y fuerte,
 con negra vestidura vá severo
 por la victoria ó por la honrosa muerte:
 doscientas lanzas, en su arrojo fiero,
 en dos mil á sus órdenes convierte:
 en retaguardia contener intenta
 la inquietud por luchar que le impacienta.

LX.

De Cívita el marqués con cuatrocientos
 aligeros ginetes, avezados
 á la fatiga y de luchar sedientos,
 ocupa á Mirabel: son encarnados
 de su ardiente alazan los paramentos,
 con reluciente plata recamados;
 su sayo es carmesí: la férrea maza
 su diestra empuña, y la rodela embraza.

LXI.

En la vanguardia, del infante hispano
 Pescara forma el escuadron primero,
 en su hermoso corcel, el *Mantuano*,
 que el eco anima del clarin guerrero:
 tambien lo viste el carmesí; su mano
 á los lampos del sol blande su acero.
 y en su rodela tiene trasladada
 la imágen de la muerte despiadada.

LXII.

Jorge de Austria á la legion apresta
 el tudescó marcial, que ser promete
 no el mas ocioso: con donaire inhiesta
 oscura pluma vá sobre su almete:
 el sayo monacal por sobrevesta
 cubriendo lleva, pues, su coselete;
 que en su piedad aduna de cristiano
 la fé divina y el valor humano.

LXIII.

Del ítalo la escasa infantería
 luchar tan solo por su cuenta pide
 con noble pundonor; se le confia
 que en retaguardia con su esfuerzo cuide
 de seis piezas que son su artillería:
 esta pequeña division preside
 con otro de la Italia, aquel Cesaro,
 siempre de gloria capitan avaro.

LXIV.

Como la fiera que acosada mira
 que la abandona el cazador y piensa
 que huyó temiendo su sañosa ira,
 mas vé que torna al fin y en su defensa
 la vengativa sed mas rabia inspira:
 así el francés con su legion inmensa
 airado parte, en su arrogancia herido,
 á la lid de su engaño apercebido.

LXV.

En formidable número, pues, llega
 presto á la liza la enemiga gente:
 sus cinco mil esguizaros desplega
 el caballero de Alenzon al frente:
 el fúlgido esplendor despues no niega
 que el monarca francés lo sigue ardiente;
 y ordenados en fuertes escuadrones
 en su séquito van dos mil bridones.

LXVI.

En su fogoso palafren se ofrece,
 por su riqueza y magestad brillando,
 el rey Francisco, que su orgullo acrece
 la victoria segura imaginando:
 en su bélico casco el aura mece,
 los paramentos del corcel tocando,
 á su soplo el magnífico plumaje:
 es de morado terciopelo el traje.

LXVII.

Y de su nombre la inicial luciente
 lo recama dó quier: lleva en su cuello
 el gran collar de San Miguel pendiente:
 á los rayos del sol áureo destello
 dá en su cimera salamandra ardiente;
 y es su divisa de su orgullo el sello:
Esta vez nada más. ¡Vana arrogancia
 que un funesto revés cuesta á la Francia!

LXVIII.

De la Navarra el príncipe á su lado
 en brioso alazan se gallardea :
 cubre el fúlgido arnés verde brocado
 y en su yelmo real la pluma ondea :
 del monarca de Escocia al hijo amado
 el belicoso ardor allí hermosea
 el semblante infantil: la vestidura
 de blancas cruces lleva en su armadura.

LXIX.

Los adalides que la Francia cuenta
 prolijo fuera enumerar : unidos
 de sus ilustres príncipes sesenta
 con fausto van deslumbrador vestidos :
 el escuadron en ala se presenta
 de quince mil infantes aguerridos
 por la llanura en pos á la demanda :
 llámanle, pues, el de *la negra banda*.

LXX.

De esguízaros despues diez mil soldados
 siguen su marcha en escuadron terrible ;
 en otro quince mil van ordenados ,
 á la lid temible
 con relucientes armas preparados :
 y de á pié , ya juzgándola invencible
 su arrogante legion , diez mil franceses ,
 fratopines , gascones y bearneses.

LXXI.

Como suele en la atmósfera serena
 la parda nube de la luz radiante
 privar de Febo á la campiña amena
 con lentitud y en calma amenazante,
 y horrible tempestad desencadena,
 de súbito á los vientos, rebramante,
 y de la nube en el preñado seno
 se enciende el rayo y se desata el trueno:

LXXII.

Así precede en los opuestos bandos
 la aterradora calma al choque duro.
 ¡Oh cuál pueden los réprobos nefandos
 que el Averno abortó, su aliento impuro
 esparcir por dó quier! ¡Tomad los mandos
 de las falanges del imperio oscuro,
 que es el hora se sacie vuestro gozo
 en la sangre, la muerte y el destrozo!

LXXIII.

Vibra su lanza sin piedad Belona:
 es la señal; y con horrible estruendo
 el ronco bronce del francés detona,
 el sanguinoso estrago produciendo:
 ¡estrago fácil que el valor no abona!
 Pescara entonce en Mirabel reuniendo
 sus cañones inhábiles, se apresta
 en vano á dar á la agresion respuesta.

LXXIV.

Al tronante estallido el humo denso
 que envuelve en nubes y á la vista oculta
 entrambas haces; el fragor inmenso
 del que gime, blasfema, y del que insulta;
 con el rumor que por el llano estenso
 del galopar del escuadron resulta
 y que el clarin y el atambor aumenta,
 horrible cuadro y confusion presenta.

LXXV.

Allí al empuje furibundo vuela
 pedazos hecho, cuando ardiente choca,
 el robusto lanzon; allí la espuela
 incita al bruto cuyo ardor desboca;
 allí la sangre del valiente hiela
 del fulmíneo arcabuz la fiera boca;
 y allí el acero y la terrible maza
 los intrépidos pechos despedaza.

LXXVI.

El de Alenzon interceptar procura
 á la hueste imperial la retirada,
 y con su gente vá tras la espesura
 de unos álamos ya; mas preparada,
 su intento impide con audaz bravura,
 la falange del ítalo: su espada
 prodigios hace de valor, mas cede
 al número fatal que al suyo escede.

LXXVII.

El esguízaro entonces en su arrogancia,
 su gozo muestra á tan escasa gloria:
 el Viso-rey turbado vé á distancia
 esta ventaja del francés notoria;
 su grito escucha de ¡Victoria, Francia!
 ¿Y posible será que su victoria,
 oh sacro Genio de la patria, clame?
 ¡No, mientras vivo tu ardimiento inflame!

LXXVIII.

¡Sús, españoles! el honor os pide
 que vuestra sangre generosa riegue
 el campo estenso que el contrario mide,
 y no hay alguno que la suya niegue:
 Pescara al punto en su valor decide
 que de mostrar quien sois el hora os llegue;
 “¡la muerte huyendo en el peligro infama,
 muramos sí, pero con honra!” esclama.

LXXIX.

La lanza arroja que empuñó su mano
 y la fulmínea espada al aire agita:
 su acicate estimula al Mantuano
 y en busca del francés se precipita:
 el de Borbon, á quien el odio insano
 al rey de Francia su furor incita,
 con frenético gozo y sed ardiente
 á batallar se lanza con su gente.

LXXX.

Síguelo raudo el de Alarcon, ganoso
 de nuevos lauros; y el Virey juntando
 la hueste del de Cívita, piadoso,
 el signo hace de la cruz tomando
 el pesado lanzon; y así ardoroso
 á los suyos les dice: "En Dios fiando,
 bravos guerreros, la victoria es nuestra:
 ¡Seguidme! ¡á ella os llevará mi diestra!"

LXXXI.

Y al ejército franco detenido,
 en órden marcha con su hueste: atento
 el contrario adalid ha comprendido
 del imperial el raudo movimiento,
 y á los suyos entonces decidido,
 "como buenos, les dice, en su ardimiento
 en nuestra busca ved los imperiales;
 ¡á su encuentro salgamos como tales!"

LXXXII.

De la Navarra al príncipe se junta
 el mariscal Montmorency, guerrero
 que por su stirpe en su nacion despunta,
 y otros nobles con él: el choque fiero
 no se deja esperar; la férrea punta
 resbala presto en el bruñido acero;
 la lanza en ristre á la agresion se apronta
 y al menos diestro al embestir desmonta.

LXXXIII.

El franco al grito de su patria hiere,
 y al de la suya y su patrono santo
 el español intrépido: no espere
 la piedad el vencido; el odio es tanto
 que el que se rinde en el instante muere:
 de la cruel desolacion el manto
 el campo cubre del tremendo duelo
 y en sangre humana se enrojece el suelo.

LXXXIV.

La blanca cruz con que el francés se muestra,
 al imperial sus víctimas señala:
 allí el Virey con su incansable diestra
 prodijios hace, y en valor le iguala
 el de Borbon que férvido demuestra
 todo el rencor que de su pecho exhala:
 el del Vasto á su vez con mano fuerte
 que es digno deudo de Pescara advierte.

LXXXV.

El almirante de la Francia, presto,
 y el noble anciano de Palisse espiran;
 y otros muchos al par su fin funesto
 al duro choque en el palenque miran:
 el de Civita herido, se vé espuesto
 á cien contrarios que á su muerte aspiran,
 hasta que á manos del monarca mismo
 llega al fin á encontrarla en su heroismo.

LXXXVI.

El arcabuz del español cundiendo
 la tremebunda confusion , acierta
 á diezmar al contrario , y á su estruendo
 el fogoso corcel se desconcierta ;
 del suyo entonce el de Alarcón cayendo ,
 sostiene airado desigual reyerta ;
 y no fuérale bien si no acuchilla
 en su auxilio el buen Jorge de Sevilla.

LXXXVII.

Pescara al mando del hispano advierte
 que en formidable muchedumbre llega
 la negra banda á decidir la suerte
 de sus armas con él en la refriega :
 á su vista conoce el trance fuerte
 y festivo prorumpo : “ el hora llega
 en que sacieis , leones , vuestra saña :
 ¡ Santiago , y á ellos ! ¡ Cierra , España ! ”

LXXXVIII.

Y al encuentro animoso se encamina
 del bando opuesto que ordenado viene :
 Jorge de Austria á proteger se inclina
 su retaguardia al punto : se detiene
 de súbito el francés : ya se adivina
 el estrago fatal que se previene :
 suspendiendo el hispano sus enojos ,
 á Dios eleva su oracion de hinojos .

LXXXIX.

Tras el silencio funeral, la mecha
 hace que truene el arcabuz certero,
 y á su estrago cruel se vé deshecha
 la banda negra ante el hispano fiero:
 huye en su espanto; mas Quesada acecha,
 donde quier es preciso allá el primero,
 con su tercio español al fugitivo
 que sucumbe al acero vengativo.

XC.

El caudillo francés la desventaja
 conoce de su ejército, y airado
 al frente del esguízaro trabaja
 por rehacerlo otra vez; mas su soldado
 ante el duro revés su ardor rebaja
 y sus picas abate amedrentado:
 á perecer lo lleva su destino,
 en su fuga, á las aguas del Tesino.

XCI.

Leyva entretanto aunque su mal lo tiene
 en lecho de dolor, es conducido
 de su plaza á las puertas, dó previene
 la salida del milite aguerrido:
 al sitiador en ella lo entretiene
 que en su contra quedara apercebido,
 é impide así con su asechanza cruda
 que á dar auxilio en la batalla acuda.

XCII.

¡Oh cuál la sangre, el esterinio, el duelo,
 el ánimo fatiga! ¡Ay, cesa un tanto,
 oh fiera Muerte, en tu insaciable anhelo!
 ¡Treguas, oh Musa, á mi funéreo canto!
 Mas no, que el alma en su inspirado vuelo
 apartará su vista del quebranto
 para admirar al español que eleva
 su fama siempre dó sus armas lleva!

XCIII.

Pescara en medio del tumulto blande
 su matador acero y desaparece;
 se busca en vano; el desconsuelo es grande;
 cunde la nueva de su muerte: acrece
 de venganza la sed, y aunque demande
 el vencido piedad luego perece.
 ¡Oh ventura!... ¿es posible? aquel que llega,
 ¿no es el marqués?... ¡Pero su sangre riega!

XCIV.

¡El es! ¡gran Dios! al valeroso hispano
 la noble sangre la amargura inspira:
 con los suyos lo lleva el Mantuano
 que al cumplir su mision al punto espira:
 ¡oh valiente corcel! con duelo insano
 su intrépido señor su muerte mira;
 mas ni á su estado ni á su pena atiende
 y con nuevo furor la lucha emprende.

XCV.

¡Victoria, España! el enemigo ansioso,
 huyendo ya, la salvacion procura:
 al arcabuz del español glorioso
 la prez se debe de la lid. La impura
 falange horrible del Abismo umbroso
 su hiel en contra al vencedor apura;
 con inútil afan su saña misma
 prestar pretende y con furor se abisma.

XCVI.

¿Ois? ¡Victoria por el César! claman:
 ved; á la grita del triunfo ardiente
 en orgullo los milites se inflaman,
 y el vencido á su vez su oprobio siente:
 los de Alenzon dispersos se derraman
 por dó quiera y seis mil en la corriente
 sucumben del Tesino: el que en su huida
 paraliza el pavor, pierde la vida.

XCVII.

Así al viajero súbito sorprende
 la roca colosal que sin ruido
 de la riscosa altura se desprende,
 de su riesgo fatal no apercibido:
 en su funesto pánico no emprende
 la fuga en el momento allí aturdido,
 y víctima del miedo que le oculta
 la salvacion, la mole lo sepulta.

XCVIII.

El soberano de la Francia advierte
 su pérdida total, y ya le inquieta
 el funesto temor de hallar la muerte,
 pues á tan fiero trance lo sujeta
 los profundos arcanos de la suerte:
 huye, pues: mas el plomo de Urbietta
 derriba en tierra á su corcel, y mira
 la espada al pecho que á su fin aspira.

XCIX.

Y halláralo cruel; pero le abona
 que á oír el vasco de sus labios llega
 que á sus sienes se ciñe una corona:
 la rendicion le impone á que se niega,
 pues que al César tan solo su persona
 se decide á rendir: al fin se entrega
 al Viso-rey que acata compasivo
 la augusta magestad de su cautivo.

C.

Digno se muestra de la sangre suya
 el soberano en la prision siniestra
 que así le obliga su altivez concluya;
 digno á su vez el vencedor se muestra:
 no hay uno entonces que el prestarle huya
 de su homenaje el ósculo en la diestra;
 tan solo el de Borbon que el odio guarda,
 la generosa sumision retarda.

CI.

Pescara á un rey tan poderoso viendo
 en tan funesta situacion, se mueve
 á la tierna piedad, y no pudiendo
 dominarse, á su vista se conmueve:
 la regia espada el Viso-rey teniendo,
 otra en cambio le dá que al cinto lleve:
 ¡Hidalga accion con el valor vencido!
 ¡noble homenaje hácia el poder caido!

CII.

¡Oh tú el que riges á la altiva Francia, Y
 miráras antes que el desden injusto
 á la nacion heróica de Numancia,
 la saña iba á mover! ¡Castigo justo
 pero terrible obtiene tu arrogancia!
 ¡Ves humillado tu poder augusto!
 Tuviste, pues, razon, oh rey vencido,
 ¡menos la honra, todo se ha perdido!

CIII.

Tú el rey galante, emprendedor guerrero,
 dentro los muros de Lujan te viste
 del gran monge de Yuste prisionero,
 que el destino te hiciera menos triste:
 mas ¡ay! que pronto á tu venganza fiero,
 ¡aun soy monarca! en tu altivez digiste,
 y por faltar perjuro á una promesa,
 despues la sangre de correr no cesa.

CIV.

Apártese esta vez de la memoria
 todo recuerdo que el placer mitigue
 del hispano á la fúlgida victoria
 que el nombre patrio enaltecer consigue:
 solo el júbilo, pues: canto la gloria
 que siempre al hijo de mi patria sigue
 tras la lucha feral; canto el guerrero
 que siempre envaina vencedor su acero!

CV.

Y á la verdad que en la contienda impía,
 con que Mavorte al esgrimir su lanza
 enrojece los campos de Pavía;
 todo soldado de la España alcanza
 tan alta prez: en tan felice día,
 ; cuánto milite digno de alabanza
 su heroicidad mostró! ; Fuera bastante
 á ensalzarlo mi voz en este instante!

CVI.

Allí vibró su fulminante acero
 contra la hueste del francés monarca;
 aquel vate feliz, hábil guerrero,
 que en la flor de su vida hirió la Parca:
 dulce en la paz cuanto en las lides fiero,
 ganóse el nombre de *Español Petrarca*,
 á las cumbres subiendo del Parnaso
 con el nombre inmortal de Garcilaso.

CVII.

¡Cuánto luto al vencido y sangre cuestal!
 este revés de su destino! ¡cuánto
 aliento inútil! ¡Tras la lid funesta
 dó quier se exhala por el deudo el llanto
 en ocho mil hogares! ¡Ay, cuan presta
 tanta vida, esplendor, orgullo tanto,
 la Muerte estuvo á destruir! ¿Dó ha ido
 aquel potente ejército aguerrido?

CVIII.

La Tremouille y de Foix perecen;
 á Bonivet la pérdida sonroja,
 y dó los riesgos de morir se acrecen
 en holocausto á sucumbir se arroja,
 crudos tormentos á Alenzon ofrecen
 los infortunios del francés; le enoja
 la vida que salvó; su afrenta mira,
 y á poco al peso del dolor espira.

CIX.

Con dos valientes á Ruy Gomez cabe
 prender á Enrique de Navarra; un dia
 hallarse libre con su astucia sabe;
 mas funesta es allí la suerte impía
 al príncipe de Escocia; el riesgo grave
 huye y fiando en el infame guía,
 la bárbara impiedad del vil se atreve
 á marchitar su juventud, aleve!

CX.

Mas cese, oh Musa, mi cancion: con pena
 del galo dice el infortunio insano
 que estremeció las márgenes del Sena,
 despues del himno del triunfo hispano;
 no por cobarde en la campal arena
 rindió sus armas, que al blandir su mano
 el acero cruel, como cumplia
 á su fama, mostró su bizzarria.

CXI.

¡Gloria al hispano! en donde quier lo llama
 su honor herido, su renombre eleva:
 el grito oid que su ardimiento inflama
 en las ásperas cumbres de Auseva:
 de Filipo mirad el oriflama
 como triunfante en San Quintin renueva
 contra el francés en su rencor no estinto,
 el glorioso laurel de Cárlos Quinto.

CXII.

Mirad el rayo que en su enojo emplea
 para herir en la frente á aquel coloso
 que en las llanuras de Bailen pelea:
 ¡Siempre invencible! Del muslim sañoso
 á la injuria, mirad: su sangre humea
 aun en el campo de la lid glorioso;
 y al pié del Atlas donde fué vencido,
 del triunfo el clamor no se ha estinguido.

CXIII.

¡Gloria; pues, al hispano! Si algún día
su acero á requerir mueve la ofensa,
oh genio inspirador de la voz mía,
al agravio tu cólera suspensa
renovará los lauros que en Pavía
le diste al vencedor: victoria inmensa
que en áureas letras grabará la historia,
de mi patria feliz para memoria.

FIN DEL CANTO.

